

la calidad, con algunas ventajas, y con respecto a determinados artículos, merced a un esmerado cultivo; pero no hay que hacerse la ilusión de que nuestras tempranas hortalizas de la costa de Levante han de tener la supremacía en los mercados europeos, ni de que nuestros vinos han de ser los más solicitados, desde el momento que las inmensas plantaciones de naranjales y viñedos de la Florida y California y los extensos territorios de la Australia producen frutos que pueden transportarse en sazón a los mercados de Inglaterra, mucho menos cabe abrigar la esperanza de que somos el granero de Europa, cuando no ya los Estados Unidos y la India nos envían sus trigos, sino que casi todas las naciones del continente europeo producen más trigo que España, lo cual significa que no estamos en aptitud de ser las antiguas provincias nutrices del Imperio romano (1), sino que, por el contrario, no basta nuestra producción agrícola a nuestro consumo y de Francia nos vienen trigos, maíz, habichuelas, huevos, gallinas y toda clase de aves de corral, así como del Norte de Africa han de venir las reses flacas y esmirriadas, con cuya carne se nutre la población de nuestras costas de Levante.

6.—Conviene dar gran impulso a las industrias agrícolas, lo cual, lejos de ser en menoscabo de ninguna clase de manufacturas, ha de servirle de aliento, pues el progreso de una clase o grupo de industrias ha de influir en el desarrollo y prosperidad de las otras. No bastan para el logro de estos fines disposiciones acertadas de los Poderes públicos, ya que principal, si no únicamente, la iniciativa particular, como factor más importante, es la que ha de levantar al labrador de su postración, mejorando los terrenos con el drenaje, con un buen sistema de riegos, con obras y cons-

(1) Véase Azauza, sobre *El Comercio de España* y mi libro *Manual de la Legislación del impuesto de derechos reales y transmisión de bienes*; Madrid, 1876.

trucciones, con grandes plantaciones de árboles, con el uso de abonos y fertilizadores, empleando cuantiosos capitales en la tierra, en vez de agotarla y empobrecerla; teniendo siempre muy presente que no hay nada tan agradecido como la tierra y las plantas, pues devuelven ciento por uno al que las cultiva con esmero; fomentando a toda costa la ganadería, extendiendo los buenos sistemas de cría y de selección y procurando que la riqueza agrícola se base en la mano de obra acumulada en el producto, y cooperando a la riqueza nacional con la armonía y coexistencia de todas las producciones, ya que todas ellas son compatibles.

Nuestras altas planicies castellanas y algunos llanos de Aragón, que recuerdan las estepas rusas, producirán trigos de excelente calidad, pero no tan abundantes que puedan alimentar a los españoles que habitan en la Península, quedando sobrante para la exportación, ni a precio tan reducido que pueda competir con el norteamericano; ni hay que fiar toda nuestra prosperidad a la viña, arbusto delicadísimo, expuesto a mil enfermedades, ni a las naranjas de Valencia, ni a los aceites de Andalucía, sino que debemos esperar la de la coexistencia de todas las producciones agrícolas a la vez que la variedad de nuestros terrenos permita y en el gran incremento que debe darse a las pequeñas industrias rurales, pues mediante el perfeccionamiento del producto, encontrará éste salida en los mercados donde se paga bien; y la manera de que obtenga un premio remunerador, es presentando los frutos escogidos, bien conservados y de agradable aspecto, y es por esto por lo que resume el factor fundamental del problema económico de España en esta palabra: *Industria*.

III

7.—No cabe atribuir nuestro tradicional desequilibrio económico al exceso de oro que vino de América, ni el relativamente pequeño movimiento comercial que sustentamos debe achacarse a nuestra posición en el continente europeo (1). En otras épocas, y con igual situación geográfica que ahora, fué floreciente el comercio de nuestras ciudades de Levante, y más desventajosa es, si cabe, la situación de las Islas Británicas, las que, sin embargo, figuran a la cabeza de todas las naciones bajo el punto de vista del tráfico. Nuestra decadencia no proviene de plétora alguna, ni de exceso de elementos de ninguna clase. En el orden agrícola, nuestra nativa pobreza, no tanto estriba en las talas de bosques, que desde las guerras de la Reconquista hasta las últimas disensiones civiles han venido sucediéndose sin interrupción, en la desamortización y venta de montes públicos, si que además hay que tener en cuenta la emigración del inmenso personal agrícola hacia las Américas, a raíz de su descubrimiento y durante muchos años, y aun siglos después, en que parece que el Gobierno y el país no se preocupaban de otra cosa que de enviar a América el personal más inteligente de nuestros campos y heredades, los ejemplares más escogidos de nuestra especie bovina, de nuestra

(1) Véase *Revista de Navegación y Comercio*; Madrid 10 de febrero de 1892, año 4º, núm 82. En ella se indica que la causa de nuestra inferioridad comercial estriba en que España se encuentra en un extremo de Europa, teniendo delante el Noroeste de Africa, país semibárbaro, casi sin comercio, industria ni cultura. El autor de dicho artículo observa que por Francia se va de Italia y de Suiza a Inglaterra, de ésta a Alemania, de Alemania, Bélgica, Holanda, Suiza y la Italia del Norte a España, y por Francia cruza no sólo gran parte del comercio entre dichas naciones, sino también del que existe entre el Mediterráneo y el Atlántico y viceversa. Cruzando España por tierra, sólo se va a Portugal; de modo que el inmenso comercio de tránsito, gran riqueza en otros pueblos, es entre nosotros insignificante.

raza caballar y de toda clase de ganados y aves, las semillas e injertos de las mejores plantas, y hasta los ejemplares vivos de las más vistosas flores; todo lo cual encontró terreno propicio y se desarrolló de una manera extraordinaria en las llamadas Indias Occidentales. Las recientes investigaciones del laboriosísimo Padre Cappa, de la Compañía de Jesús (1) han demostrado este aserto. Quien lea *El Fomento Agrícola en el Nuevo Mundo*, del mismo autor, y los notabilísimos *Estudios críticos acerca de la dominación española en América*, verá lo que hizo España, con menoscabo de sus fuerzas y elementos, para fomentar la agricultura y la ganadería en América. Materialmente hierven los libros de la Casa de Contratación de Sevilla de decretos, de órdenes que se comunicaban por los Gobiernos para que se enviara a América todo lo que hiciera falta, escogiéndose los mejores agricultores y artesanos, los más inteligentes cultivadores y los más buenos mozos de labranza; y como tras esta emigración de la riqueza de más valía de un pueblo, que es el personal activo y trabajador, vino una corriente de oro de América, con lo cual pagábamos los productos que consumíamos de las naciones extranjeras, que por nuestro conducto explotaron a América mucho mejor que nosotros (2); de ahí el abandono completo de toda clase de labores, manufacturas, cultivos y labranzas, artes y oficios. El personal más vigoroso, o se encontraba conquistando o colonizando en América o

(1) Véase Ricardo Cappa, de la Compañía de Jesús, *Estudios críticos acerca de la dominación española en América.—Industria agrícola pecuaria llevada a América por los españoles*; Madrid, 1890; Librería Católica de Gregorio del Amo.

(2) El Licenciado Jerónimo de Cevallos, en su *Arte Real*, nos dice «Y así no se halla en España moneda de oro ni plata, porque con la mercancía que se mete de fuera la sacan. Y lo peor es que no tienen que ir a las Indias por ello los extranjeros, porque los nuestros se lo traen, sirviéndoles España de puente en que se embarcan sin peligro ni flete; y como la moneda de plata y oro que corre en España tiene más valor fuera de ella, es fuerza que la hallan de sacar por la granjería que hallan, dejándonos en su lugar cuartos falsos.»

haciendo odioso el nombre de España en las guerras de Flandes y en la de Italia. Mientras caminábamos en tan tremenda pendiente, las naciones extranjeras, o se apoderaban de Gibraltar, o nos hacían firmar la renuncia a la pesca de bacalao en los bancos de Terranova, o recababan de nuestros inhábiles diplomáticos las mejores concesiones en los tratados de Utrecht, o nos colocaban en situación desairadísima en Osnabruch y Munster.

8.—Bien es verdad que durante el reinado de Carlos III renació la España que había muerto o poco menos bajo Carlos II, empero cuando todas las grandes nacionalidades durante este siglo han emprendido una marcha vertiginosa en el progreso material, que las ha llevado a una gran supremacía industrial y mercantil, nosotros, débiles todavía, nos hemos quedado visiblemente rezagados. Todo ello tiene remedio, y aun puede ser España la gran nación de otros tiempos, y este remedio está en una palabra: *Industria*.

La agricultura, como producción espontánea, ha de ceder su puesto a la industria agrícola, que bajo la acertada dirección del hombre, obtiene de la tierra lo que quiere; el comercio, que impulsa toda la vida social, solo será cuantioso, considerable, inmenso, cuando nuestra producción sea intensa, variada, exuberante; cuando no sólo baste a las necesidades del país, si que tenga sobrante para hacer crecer indefinidamente nuestras exportaciones. Así recobramos nuestra independencia monetaria, enjugaremos nuestro déficit y nos emanciparemos del yugo financiero del extranjero.

No perdamos jamás este punto de vista. Lo fundamental es que la producción sea lezana y robusta, que todo lo demás vendrá como consecuencia de ello, y para lograrlo es necesario fomentar todas las industrias, sin excepción y sin distinguir entre indígenas y exóticas. No se puede hablar ya de industrias indígenas ni exóticas, cuando vemos producirse el azúcar en

Francia y Bélgica, en Holanda y en Rusia, tan económicamente como en las Antillas; cuando Inglaterra viste de indianas a la India con algodones de esta procedencia, y revende a la Australia sus propias lanas convertidas en paños; cuando los residuos de la fabricación del cok se transforman en bellísimos colores, la sal común en barrillas y el aire atmosférico en productor de acero fundido. No se hable de industrias indígenas, sobre todo en España, mientras nuestras fábricas de tejidos no consuman hilazas españolas, hechas con linos y cáñamos españoles; mientras Valencia no dispute a Lyon el imperio de la sedería; mientras el esparto de Alicante viaje a los fríos países del Norte para volver haciendo guerra a nuestras fábricas de papel; mientras necesitemos comprar a los ingleses los cobres riginarios de Cuba o de Ríotinto, a los belgas el cinc metálico extraído de las minas de Santander, a los alemanes los cañones fundidos con el mineral de Vizcaya. Es más: no se enjugará nuestro déficit, ni se pagarán dignamente todos los servicios del Estado, ni figuraremos como corresponde a nuestro orgullo en los certámenes internacionales, ni en los Congresos europeos, ni, en una palabra, seremos considerados como miembros de una nación rica y poderosa, cual debemos serlo a toda costa, mientras los ingleses elaboren nuestro mineral de hierro y los franceses nuestros vinos; mientras una mano vigorosa no remueva nuestros criaderos de Utrilla, Gargallo y Asturias, y hasta que seamos los únicos que elaboremos el cobre, el hierro, el plomo, la plata, el azogue, el níquel, el cobalto y el amiantó, de que abundan y rebosan nuestras montañas; mientras no convirtamos a España entera en un taller, aprovechando todos los elementos que nos depuso la naturaleza, desde el agua que discurre por los cauces y la que salta por las cascadas, a las miriadas de pececillos que nadan en las costas de la Península, de Canarias y de Santa Cruz de Mar Pequeña; mientras ondee

imperiosa la bandera extranjera, que se apodera de nuestro gráfico, en las provincias y posesiones de Ultramar, y mientras nuestras exportaciones de productos elaborados no puedan atraer con el poder mágico que tienen los pueblos más adelantados sobre los más débiles en industria todo el río de oro acuñado que se nos fué, y que guardan en sus arcas los banqueros de París y de Londres, y figurando en primera línea como nación industrial y recobrando nuestra supremacía económica y comercial, desde el Océano Índico a las últimas costas que baña el Atlántico, desde los últimos confines asiáticos hasta el estrecho de Behering, y desde allí a todos los países en que aún se reza y se cuenta en la hermosa lengua castellana, en todas las que algún día fueron provincias o colonias españolas; pueda en el porvenir el que rijan los destinos del país, al ver que en todos los puertos ondea la bandera española y que en las cinco partes del mundo hay frutos y productos que llevan la marca española, exclamar orgulloso el célebre *Non plus ultra* y que todavía en los dominios españoles jamás se pone el sol.

IV

9.—No basta la iniciativa particular para obtener el desarrollo y fomento de la industria de un país; es menester el esfuerzo de los Gobiernos, de las Corporaciones, de todas las entidades respetables, de las clases directoras, de todas las personas que tienen capitales e inteligencia.

La iniciativa particular se aviva y crece cuando hay estímulos, ideales realizados, aspiraciones satisfechas, y, digámoslo de una vez, cuando el industrial ve compensados sus afanes con honra y provecho, sobre todo provecho. En Inglaterra se espera todo de la iniciativa individual, porque hay grandes capitales, muchos nego-

cios, extensas colonias, mercados dilatadísimos, prácticas mercantiles, instituciones industriales y mercantiles muy antiguas, y sobre todo, porque los Reyes, la aristocracia y todo lo que figura al frente de la nación han estimulado esta iniciativa con energía y con acierto, y a la vez han arraigado un sentimiento de patriotismo tan profundo en toda alma inglesa, que no es posible que un inglés encuentre buena cosa como no sea muy inglesa. Y por esto no hay necesidad en Inglaterra, por más que en otros tiempos la hubo, de adoptar medidas radicales y eficaces para implantar industrias, y arraigar talleres y centros de producción en aquel suelo, y para establecer toda clase de artificios para fomentar la riqueza y el trabajo nacional. Para lograr tales fines, empezaron las clases directoras de la sociedad inglesa por no querer consumir otros artículos que los de fabricación inglesa, fuesen buenos o malos. Al principio la industria fué rudimentaria y defectuosa, como en los comienzos de toda obra humana; pero a fuerza de energía, de ensayos, de estudios, de perseverancia, ha llegado a ser la primera industria del mundo. Hoy las clases directoras, la aristocracia de Inglaterra, no tienen necesidad de estimular la iniciativa individual, ya que hartos estímulos encuentra con el inmenso lucro que le proporciona el tener acaparados casi todos los grandes negocios del mundo.

No tiene el pueblo inglés mayor iniciativa, ni mayores hábitos de constancia y de trabajo, ni mucho menos mayor inteligencia para los negocios que el pueblo español. En tiempos en que Inglaterra era un país semi-bárbaro, el comercio de Barcelona y la industria de Castilla rayaban en primera línea. Jamás tendrán, porque les falta el innato sentimiento artístico, los artífices de la nebulosa Albión el gusto y habilidad de los obreros que construyeron la Alhambra o que cincelaron las primorosas obras de la joyería y metalurgia de los árabes, ni es posible que tengan los naturales de

aquellos países el espíritu de inventiva que tienen los que habitan a orillas del Mediterráneo. Pero a pesar de todas las cualidades de raza, en aquellas islas, que están en un rincón de Europa, ha florecido la industria y se ha extendido el comercio, porque las clases que dirigen la sociedad han hecho esfuerzos titánicos para conseguirlo, y acá, entre nosotros, las clases que dirigen la sociedad han hecho todo lo contrario.

Fiarlo todo a la iniciativa privada, es fiarlo todo al azar. Las multitudes inconscientes, la gran masa de población, va siempre allí donde quieren que vayan los que las dirigen; y las tendencias sociales nacen, crecen y se encauzan según la voluntad de los Reyes, de los Gobernantes, del Clero, de los altos dignatarios, de la aristocracia, de los publicistas, de los Cuerpos Consultivos de la Nación, de la Magistratura, de los grandes banqueros, de los grandes contribuyentes, de los que tienen en sus manos el poder, la inteligencia, el dinero, la propiedad, la influencia y el prestigio.

10.—Hay que estimular la iniciativa privada para que formen desarrollo nuestras industrias. Si esto se propusieran los que dirigen los destinos del país y los que en ellos pueden influir, nuestra España podría ser quizás la primera nación del mundo.

Para que todas las industrias crezcan (que todas ellas a la vez puedan crecer y desarrollarse porque la una ayuda a la otra), y para que la iniciativa individual aumente en estos sentidos, es preciso que se consideren las artes y oficios, el comercio y la agricultura, como profesiones tan nobles y dignas como las más encopetadas, y que solo sea considerado vil el oficio de *vago*; que sea más considerado el pobre que tenga oficio u ocupación honesta, que el millonario ocioso o que el mal entretenido, aunque pertenezca a la Familia Real o tenga reunidas en su persona ocho grandezas de España de primera clase; que todo el peso de los tributos y de los impuestos recaiga sobre el

rentista, el agiotista, el que explota el trabajo ajeno, el que gasta y no gana, el que beneficia sus heredades o posesiones o fincas, o el que derrocha su patrimonio; y que encuentre todas las facilidades, franquicias, exenciones, libertades y privilegios (sobre todo *privilegios*) el que trabaje, el que desarrolle o implante una industria nueva, el que invente algo útil, el que cree, aune o coordine medios que proporcionen trabajo y riqueza.

La iniciativa individual aumenta y cobra nuevos bríos cuando hay sabias leyes que dignifican el trabajo, garantizan el disfrute de este mismo trabajo, regulan las relaciones de los comerciantes e industriales, aseguran y reglamentan su libertad profesional, quitan toda clase de obstáculos al libre desenvolvimiento de la actividad, inventiva y aplicación de las aptitudes industriales y al propio tiempo se le faciliten toda clase de medios para que, con el lucro que las industrias proporcionen, sea cada vez más extenso el campo de la industria, aumente la clase media, hallen ocupación todas las inteligencias y todas las actividades, se extienda la materia imponible con la diversidad y aumento de las clases profesionales y sea más llevadero entre todas el peso de los impuestos y cada cual halle en las Sociedades civilizadas el lugar que le corresponde, y encuentre la debida compensación y ventajas de la vida social según la utilidad que reporte o los servicios que preste, único modo de evitar el desarrollo del socialismo y de las hondas perturbaciones que constantemente amenazan a la civilización moderna y que minan por su base a la Sociedad.